



CONGREGATIO PRO CLERICIS

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Citas:

Gen 3,9-15.20:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9an4elc.htm

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9a421ec.htm

Eph 1,3-6.11-12:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aeu4va.htm

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aradta.htm

Lc 1,26-38:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bih1oa.htm

« ¡Salve, oh María, llena de gracia!»! Bendigamos a Dios, queridos hermanos y hermanas, porque hoy fue concebida, por nosotros y para nuestra salvación, la Estrella de la Mañana, la mística Aurora de la Redención, Aquella que será la puerta del Cielo, la Madre del Hijo de Dios y de su Cuerpo Místico, de todos nosotros, la Iglesia.

El mismo Arcángel Gabriel, presentándose a la Santísima Virgen, antes de anunciarle el Misterio del plan divino para Ella, aparece como “extasiado” ante tanta belleza, por tanta pureza, él, que día y noche está delante del Trono del Altísimo y no puede sino exclamar: «¡Salve, llena de gracia, el Señor es contigo!». Y nosotros, desde hace dos mil años, repetimos las mismas palabras, la misma invocación, con la que comenzó la historia de nuestra salvación.

Contemplando la Inmaculada Concepción de María, celebramos su ser que es toda pureza, es decir, libre desde el primer instante de su existencia, de toda mancha de pecado, comprendida la herida del pecado original, en virtud de los futuros méritos de Cristo. Ella es “pre-redimida”, porque el Altísimo y Eterno, que con una sola

mirada abarca toda la historia pasada, presente y futura, quiso preparar a su Hijo una morada digna que, al mismo tiempo, fuese la “primicia” de los tesoros que Él nos conquistaría con su Encarnación, Muerte y Resurrección.

De aquí que María sea el primer fruto del Árbol de la Vida, el primer don que Cristo presenta a la humanidad, la promesa de Salvación que nos conquistaría en la Cruz.

La Inmaculada Concepción, la pureza originaria de María, sin embargo, no constituye una objeción a su verdadera e íntegra humanidad, ni una limitación de su inteligencia, libertad y voluntad. La Señora, en efecto, fue concebida pura de todo pecado, llena de toda gracia y perfectamente “abierta” al Amor de Dios; abierta a la obediencia verdadera a Su Voluntad y al encuentro con Cristo. Esta gracia, única e irrepetible en la historia, no ha disminuido en nada su humanidad, es más, la ha exaltado en toda su potencialidad. La inteligencia, la libertad y la voluntad de María eran, más aún, mayores que las de cualquier otro hombre que jamás haya existido, puesto que estaban totalmente abiertas al Creador, a Dios, sin ningún freno, sin ningún desorden. Estaban continuamente irrigadas por la oración, iluminadas por la Verdad que viene de lo Alto, robustecidas por la creciente y humilde obediencia a Aquel que lo ha hecho todo y que gobierna la historia con su Providencia.

Sin el pecado, María no era menos libre que quien ha conocido el mal o más ingenua que las mentes heridas por la malicia y por la concupiscencia. Ella era más que libre, de una inteligencia finísima, de una voluntad firme y determinada que, habiendo nacido en el bien, siempre eligió el bien, huyendo de las tentaciones y venciendo siempre al demonio. Su Corazón, en efecto, no estaba herido por ningún pecado, pero tenía una sola herida: la del Amor de Dios, que encontrando en Ella tanta acogida, la colmaba y dilataba el Corazón hasta hacerla Reina de todos los Santos.

Baste pensar en el milagro de las bodas de Caná, cuando Ella se da cuenta antes que los esposos de que faltaba el vino... Recurre entonces con firme confianza

al Hijo e indica a los servidores lo que deben hacer. Basta contemplarla, más aún, cuando “está” al pie de la Cruz, atravesada por siete dolores...

María es Inmaculada en su concepción y santa en la vida, porque cuidó, sin sombra alguna, el don recibido y, en la relación con Cristo –relación, en cierto sentido, única e irrepetible- fue hecha la Hija predilecta del Padre, el cual, complaciéndose en su Hijo, se colma, admira y ama a Aquella que es la Toda Hermosa y atrae a la misma Belleza a cada de nosotros, sus hijos.

Si la pureza de María Santísima es inigualable e incomunicable porque cada hombre nace herido por la culpa de Adán, no obstante podemos acoger la Vida nueva que Cristo nos conquistó y a la cual Él quiere generarnos cada día, con sus inspiraciones, con su intercesión y con su ejemplo.

Unámonos entonces, queridos hermanos y hermanas, al Corazón Inmaculado de María y, con Ella, adoremos a Cristo presente en su Iglesia, a Cristo que actúa en los sacerdotes, a Cristo que nos da su Cuerpo y su Sangre –el verdadero Cuerpo nacido de María- en la santísima Eucaristía. Unámonos a Ella, que «posee tal plenitud de inocencia y de santidad, de la cual, después de Dios, no se puede concebir una mayor; y de la cual, fuera de Dios, ninguna mente puede llegar a comprender la profundidad » (B. Pío IX, *Bula Ineffabilis Deus*) y pidamos: «Desata la cadena de los culpables, da luz a los ciegos, aleja de nosotros todo mal, obtiene para nosotros todo bien ». Amen.